

Cuentos del paraíso de las islas

12-10

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 20/11/2023

Número de páginas: 14

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

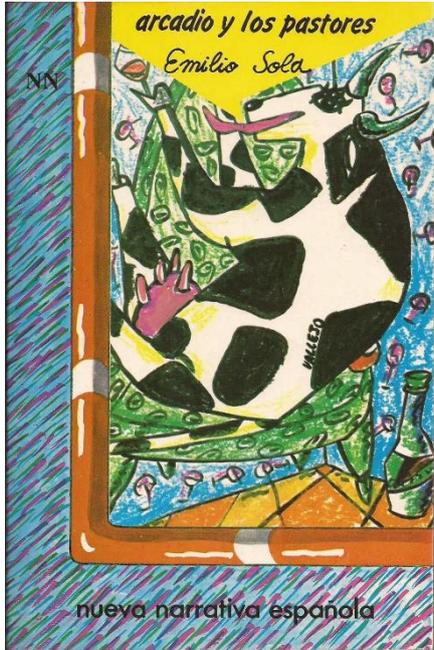
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

10 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

que algo había pasado entre los dos durante su ausencia y la de —un puntín taciturna y como distraída— Claudia Auani. En cuanto tuvo ocasión, se lo preguntó en un aparte.

—¿Qué tal el Ali, Flora?

—Como todos los hamuines que conozco; él solito se lió con los cercados y los tenía listos al final de la mañana; se me puso pesado, y el primer polvo fue antes de comer. En la siesta, el segundo. Luego se lió con los apriscos para los que llegan de Guelma, y en dos horas tenía ya listo el trabajo que restaba, que no era poco. Me estaba ya trajinando para el tercer polvo cuando llegasteis vosotros... ¡Qué quieres que te diga!

Rieron los dos. Ali ayudaba a Claudia a organizar las muestras que habían traído del bosque en el frigorífico de la zona habilitada para laboratorio. Charlaban con toda seriedad y Fion y Flora hubieron de salir para que no les molestase su hilaridad.

Estambuli llegaba en ese momento con Catalina Ivanova y les anunció que en dos días más estarían los rebaños de Guelma.

3.— Una jornada antes de que llegaran los rebaños de Guelma al valle del Mago —en donde, por indicación de Simón, debían permanecer no más de dos días y luego proseguir marcha al sur, y en donde se les habían improvisado apriscos no lejos de la fuente de la Estrella pero bien diferenciados de los cercanos a la casa despertador de pájaros—, la compañía de Leila Naser en pleno había instalado sus reales en el valle, justo a media distancia entre la casa despertador de pájaros y el lugar reservado a la acampada de los rebaños de Guelma. Olga Marruz traía, entre sus novedades para aquel año, una canción salsero-blus de variaciones sobre una letra que se atribuía a don Borondón, aunque era improbable que así fuera, aquella que decía: “Nadie te dirá qué tienes/ sino qué sabes hacer. / Nadie te dirá de dónde vienes, / sino a dónde quieres / ir. Y

entrarás en la casa / por tu propio gusto y pie. / Y amarás a todo el mundo / porque amar es un placer, / porque amar / es el único deber”. El Otromundo había sintetizado la pieza que estrenaran en el teatro de la ciudad, a raíz de su llegada a Guelma, en una serie de cortas escenas cómicas —el padre del cuchillo y un hamuín, Marcela y Mohamed Hamuín, etcétera— que intercalaban en el recital de la Marruz para que ésta descansara y se tomara sus rones, caipiriñas y demás caprichos alcohólicos que necesitaba como carburante. Sergei de Duvrovnik había puesto a punto para aquella ocasión un espectacular globo-luna llena móvil que podía competir con la más hermosa luna del sur. Y Leila V, la joven de las dos Leilas allí presentes, había conseguido, como avance de un texto que pensaban perjeñar para la próxima temporada Fito y ella, un monólogo sobre el amor informatizado con el que esperaba polemizar a placer. Pero la novedad más esperada era un breve texto de Antón Dolores, recién encontrado entre los papeles de María de la Soledad Muñoz Dolores conservados en la casa-biblioteca del naranjal o casa de don Borondón, un texto que los entendidos decían teológico, de una gran sencillez en su exposición y que la última frase convertía en un comentario de Antón para su amada camella Bernabé. Decía así: “ ¡Era tan complejo de explicar y a la vez tan simple de comprender! El gran misterio central, que decían, la trinidad, en resumidas cuentas era relación dialéctico-operativa entre el yo o nosotros, el tú o vosotros y los demás, o ellos o aquellos. Y por eso la síntesis suprema, el dios único y verdadero era el nosotros ampliado a todos, el nosotros total y operativo. Elemental, querida Bernabé”.

A Leila Naser madre —IV, para entendernos— el viaje y los calores, que ya comenzaban a dejarse sentir demasiado, la tenían algo desencajada y ya había comentado con Felice Otromundo que a su regreso a Guelma quería comenzar a programar su próxima campaña algo más al norte, en las islas mismas o en la costa meridional europea; tuvieron que mantenerla durante el día a cubierto del sol y

sólo salía a pasear con una descomunal sombrilla roja al hombro que descolocaba un tanto a los grupos de bóvidos que circulaban por allí.

—Una, que ya no es una niña, hija —le había comentado a Leila, V para entendernos—. ¡Estos calores!

A la caída del sol, sin embargo, pareció revivir y recuperar toda la prestancia y belleza que la dureza del sol parecía haber domeñado; se la vió activa y animada ayudando en los últimos toques del montaje, coquetear con Felice y en general con todos —Ali Hamuín fue eficaz ayuda en los trabajos más duros y en cada descanso acudía cerca de Leila madre y la atendía y escuchaba fascinado—, actriz nata, fénix renacido.

—Te estás pasando, mamita —la llegó a reconvenir, medio en broma, Leila V en un momento en que Leila madre parecía desplegar todas sus mágicas y embaucadoras tablas ante un Estambuli Entrambosaires que la miraba con sus ojos negrísimos muy abiertos.

—No sé por qué dices eso, hija. Le estaba contando al hijo de Consuelo la atracción que puede ejercer sobre una mujer el número oriental de los encantadores de serpientes. Vosotros los jóvenes siempre tan susceptibles e hiper-críticos —y alejándose de ellos hacia donde Sergei y Felice terminaban de centrar la gran luna-globo iluminado—. ¡No sé a dónde vamos a llegar con estos chicos!

Leila V y Estambubuli se sonrieron, cómplices, viendo alejarse a Leila madre, IV para entendernos.

—Siempre igual, ya ves. ¡Vaya mamá me ha tocado!

—Es bien graciosa. ¿No te gustaría ser como ella?

—No es cuestión de si me gustaría o no. Soy diferente. ¿Y tú no, o qué?

—Yo qué sé, chica, no me líes —y Estambuli se dedicó a clasificar las fichas de ganaderos que debía pasar a Fito para programación.

Leila le miraba hacer. Había trabajado casi toda la tarde, parte de ella bajo el sol, y estaba muy cansada. Se sentó a su lado en la mantita de algodón que había extendido a la sombra de unas acacias.

—En Guelma habían movlizado cantidad de ganado para acá —comentó la chica.

—Casi la quinta parte de la cabaña va a ensayar la trashumancia —y Estambuli reagrupó en un montón las fichas que había extendido entre sus piernas abiertas y las volvió al cajoncito de madera que Arcadio le había hecho como fichero—. ¿No vas a enrolarte tú con los trashumantes?

—No tenemos tiempo. Intentaré que vuelva la compañía al norte, a Guelma, y tal vez con Olga Marruz me vaya con los pastores... pero no más de una semana.

Atardecía. En la casa despertador de pájaros se notaba la actividad que precedía a la cena.

—¿Ensayaréis esta noche?

—Algo, sí.

—¿Lo de la pastora Marcela?

Leila Naser se echó a reír y le dio un beso en la mejilla a Estambuli.

—No, eso no. Lo tenemos muy ensayado ya. Pero, si tú quieres...

—No, chica. No hace falta. Era una broma.

Estambuli cerró la caja-fichero de madera y la colocó a un lado; luego se casi tendió, recostado en el codo izquierdo al lado de Leila. Los días de sol últimos y los trabajos de campo le habían hecho tomar un tinte oscurísimo de piel, casi negro, que contrastaba con su clásico perfil.

—¿Y sigues sin quererte dejar penetrar, Leila?

—Sí.

El chico pareció perderse entre las franjas de colores de la manta de algodón, rojas, blancas, azules, amarillas, y parecía estudiar con detalle las tramas de los dibujos breves y espaciados que rompían aquellas líneas paralelas de color.

—No me siento aún suficientemente motivada para dejar de ser virgen... No sé, creo que me desagradaría un tipo de dependencia que he visto en otros, en mi madre Leila sin ir más lejos, y que intuyo que va por ahí... —Leila hablaba reposadamente, como consigo misma, aunque clara-

mente sus reflexiones al Estambuli iban dedicadas—. A veces siento que este himen que aún consero es una muralla defensiva que me mantiene a salvo no sé bien de qué, pero de algo importante.

Estambuli, en silencio y sin mirar a su amiga, trazaba en las franjas de colores de la manta signos, como si diseñara tramas nuevas con que animar tanta verticalidad u horizontalidad.

—Temo que, si lo pierdo, pueda sucederme algo similar a lo que le sucede a Olga, por ejemplo, que ahoga su furor uterino en alcohol, cada vez más duro, como ella me explicó un día, ¿sabes? —y Leila le puso una mano en la mejilla casi negra y encendida, contacto que sobresaltó levemente al Estambuli y le hizo distraerse de su enrollado con las franjas de colores de la manta—. O lo que me contó un día Flora que le sucedió a su amiga Claudia Auani en la casa de los niños donde vivían con el Aranguren, a causa de lo cual tuvieron que cambiar de casa...

Estambuli conocía aquella historia; siempre aquellas historias se contaban como ilustraciones modélicas de lo que la vida y su discurrir pudieran ser, todos desde muy jóvenes tenían los oídos atentos a cualquiera de aquellos cuentos verdaderos contados en no importara qué momento y no importaba por quién, sus protagonistas, testigos de los sucesos o gente que las hubiera oído de otras gentes en lugares muy lejanos, memoria compartida al fin.

—Pero a ti no tienen por qué pasarte las mismas cosas —había terminado por intervenir Estambuli—. A lo mejor es peor todo ese miedo que se te ha metido en la cabeza que lo otro...

—A lo mejor. Tu lo has dicho. Pero este miedo lo conozco y me va bien. Lo otro, no lo sé.

—Chica: te está haciendo un lío —y Estambuli se incorporó y se sentó, los brazos abrazando sus rodillas, frente a Leila—. Yo lo veo todo menos complicado.

—Se lo he contado a Fito y me dijo que iba a ensayar conmigo un posible modelo de programa...

—Pues no veas... Te vas a hacer vieja con tu carga de

dudas a cuestas —y Estambuli se mostraba serio y aplomado como un hombre mayor.

Ya casi no se veía y en la casa despertador de pájaros habían encendido luces, señal de que quien quisiera podía pasar a cenar. En el tingladillo montado para teatro probaban la luna-globo y ensayaban los cambios de luces de la iluminación. Estambuli le dijo a Leila que iría a ver los ensayos después de cenar y recogieron la manta y el fichero-cajita para irse a la casa. Estaban contentos. Olga Marruz les alcanzó a medio camino. Les entonó, un poco en tono de broma, un aire de fado —“todo son tristezas para mi amor”—, y ganaron la puerta iluminada de la casa.

Había mucho jaleo dentro. Yeni y Filis se habían dedicado a la cocina, tras prácticamente terminar su trabajo de tablero que querían llevar pronto al norte para sacar varias copias y enviar para consulta a otros equipos, y en el fogón tenían montado un número que hacía reír a los que llegaban para la cena. Sergei de Duvrovník les había dado la receta de unas tartas de amapolas que se hacían en su región de origen y las dos chicas habían hecho media docena de ellas, cada una con pequeñas variantes que se habían inventado. Con los siete del grupo del valle del Mago que estaban allí —a saber, las propias Filis y Yeni, Claudia, Flora, Don Fion, Ali y Estambuli— y los seis del grupo de teatro —las dos Leilas, Sergei, Felice, Hakim, el chaval de Guelma que se había incorporado a la compañía, y Olga Marruz—, eran trece para la cena aquel día. Simón el Mago, Imanol, Catalina Ivanova y Arcadio esperaban que llegaran al día siguiente con los pastores de Guelma y los rebaños.

—Podíais haber hecho una tarta por persona —le decía Don Fion a Filis, muy diligente en la cocina, como siempre.

— ¡Pues no nos han dado poco que hacer éstas, tú! —re-zongaba la otra—. Si al menos nos hubiérais echado una mano...

—Estoy a vuestra disposición, ¿qué hago?

—Pon la mesa para trece —era Yeni la organizadora—. Y

tú, Claudia, prepáranos esa ensalada tan bien sazonada que sabes hacer.

Ali quería probar el potage que habían preparado para la cena y Filis se mosqueaba por ello.

—Tú, Ali, deja la cacerola en paz.

—Huele bien.

—A ti, después de un polvo, todo te sabe a gloria —y Filis le dio un manotazo en la mano que intentaba destapar la marmita—. Prepara el agua y descorcha una botella de vino por si alguien quiere tomar una copa.

—Dos, dos botellas, Ali —era Olga Marruz la que intervenía desde el rincón del hielo y las bebidas, en donde había guardado tres botellas de ron que calculaba iba a necesitar para su estancia en la casa despertador de pájaros.

—Podíamos cenar bajo las acacias —sugirió Leila hija, que también zascandileaba por allí, sin duda con hambre.

—No, ya no. Es un lío de preparativos —le respondió Yeni—. Mañana, si queréis, lo montamos así con la gente que llegará.

—Mejor hacer cena rápida en la mesa grande —confirmó Filis—. ¿Vais a ensayar esta noche, Leila?

—Sí. Queremos hacer pruebas de luces y tal. La sesión de mañana debe de ser brillante, como os merecéis todos.

—Gracias, chica. Sois muy amables —era Yeni quien hablaba—. Y, ¿qué tal anda la Olga de voz?

—Divinamente —respondió la Marruz, un vaso largo con hielo en la mano, viniendo hacia el grupo de la cocina que daba los últimos toques a la cena—. Escucha —y entonó con aire de bolero—: “Aunque tan breve, juventud hermosa, aunque tan breve. Aunque tan larga, vida a poco sabes, aunque tan larga. Aunque tan libre todo inalcanzable lo que quisiera, aunque tan libre”.

Sin acompañamiento musical, así a pelo, sonó hermosa su voz, ya con ese tono quebrado que el alcohol le iba acentuando cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Al silencio general mientras cantaba la Marruz, como un minuto largo en el que todos suspendieron su actividad, siguió un cerrado aplauso y “bravos” aquí y allá. Don Fion

se le acercó por la espalda y la besó en el cuello, casi en la nuca.

—Hermosa voz, mujer —le susurró al oído, y la Olga sonrió y apuró el vaso que llevaba en la mano.

—Gracias, Negro.

La actividad había renacido: la cena estaba lista y fueron ocupando todos su puesto en la mesa.

—Cada vez más hermosa y aguardentosa tu voz, Olga —le dijo al pasar con el cacerolón del potage Filis—. Me dais envidia los que sabéis expresar así de bien la belleza.

Olga rió. Yeni salió a la puerta y voceó a los que estaban en el montaje del teatrillo que la cena estaba lista e hizo sonar una campanilla que había bajo el farol de la puerta de la casa. Ya todos instalados, fueron llegando Hakim, el guelmés, Leila madre, Felice Otromundo y Sergei. También venían hambrientos. Salvo Olga Marruz, Felice Otromundo y un poco Leila madre, nadie tomó vino, con lo que una sola botella bastó para la cena. El potaje, la ensalada y las tartas de amapolas fueron muy elogiados, aunque Sergei puso algunas objeciones sobre el resultado final de las últimas; cató de todas un poquito como experto en su sabor y opinó sobre las más conseguidas; las trocearon y cada uno gustó de las que apeteció. Tras la cena levantaron la mesa; cada uno aclaró su cubierto y lo metió en la máquina lavavajillas, las botellas y cascos recuperables en el contenedor a ellas asignado bajo las acacias, las basuras en otro al lado. Lo normal.

Olga Marruz dijo que no necesitaba ensayar esa noche, que prefería dormir; Don Fion consultó con Flora e invitaron a la Marruz a dormir con ellos; aceptó encantada. Luego, Flora dijo que prefería dejarlos solos y se fue a dormir con Ali y Claudia Auani; a Claudia, más animada aquella noche, le pareció bien la cosa. Antes de dormir escucharon música y Olga les contó cosas de las islas del Caribe, de donde era oriunda, los orígenes de su carrera de cantante en un cabaret clásico de La Habana, su viaje a Europa, su estancia en el que aún llamaban chiringuito de Eulogio —a pesar de que Eulogio había muerto muchos años atrás, lo

mismo que su mujer Josefina—, en donde habían animado varios grupos que hicieron muchas giras por el paraíso de las islas, sus experiencias con las comunidades de cavernícolas y en Spalato, y sus viajes innumerables y cada vez más programados hasta dar en Palermo con la compañía de Felice Otromundo dos años casi atrás. Tenía un niño, Bienvenido Marruz, que vivía en la casa de los niños del Albergo Catania, en Palermo, que ya sabía, a sus cinco años, leer y nadar... De todas las canciones que había compuesto en su vida, de la que se sentía más orgullosa era de una con letra de un poeta antiguo y música suya que comenzaba: “Apuesto por la luz aunque la pierda, aunque la pierda apuesto por la vida; nadie podrá negarme, mar, tus aguas, ni el frescor de tu soplo, viento amigo”. Se la cantó, acompañada a la guitarra, y se retiraron a dormir. Los cinco contertulios se sentían sedados y contentos tras aquella improvisada velada de música y conversación. Flora se despidió de Don Fion con un beso.

—Trata bien a la Marruz, Negro. Dale mucho placer. Lo necesita y se lo merece —le dijo al despedirse, y se fue con Ali y Claudia a la jaima de al lado.

Yeni y Filis acompañaron, con Estambuli, a los que iban a ensayar al teatrillo. La luna-globo iluminado funcionó a la perfección; el orto estaba bien conseguido y el lento movimiento, casi imperceptible, hasta elevarse sobre el escenario y pasar a ser en ocasiones única iluminación escénica, quedaba también bien. Sergei rectificó algunos detalles de coordinación entre la luz y el trabajo de los actores y explicó a Hakim, el muchacho recién incorporado a la compañía, algunos extremos del trabajo técnico entre bastidores para cuando el propio Sergei tuviera que estar en escena. Al final, Yeni y Filis se llevaron a su tienda a Hakim y a Sergei, a Felice y a Leila madre les prepararon la parte más confortable para dormir en la casa despertador de pájaros, y Leila V y Estambuli se lo hicieron en la pequeña jaima, lujosamente decorada en su interior con los más hermosos tapices y alfombras, la que llamaban “la coqueta”, bajo las acacias últimas del bosquecillo que cobijaba

la casa. Poco antes de la medianoche todo era paz en el lugar. La lamparilla iluminada del interior de “la coqueta” fue la última en apagarse; en el interior de la pequeña jaima Estambuli observaba ensimismado el perfil de Leila Naser dormida y el brillo de la llamita amarillento-azulada se reflejaba en las bandejas de latón dorado y plata antigua que decoraban aquel diminuto interior y le daban irreal aire de sueño oriental.

4.—Por fin, llegaron los rebaños y el valle del Mago se llenó de gente y marcha, de más animación y más alegría. Los altavoces del teatrillo montado por la compañía de Leila Naser funcionaron todo el día con música; las manadas del valle estaban como a la expectativa, casi en la linde del bosque y sólo muy pocas vacas se quedaron en los cercados próximos a la casa despertador de pájaros. Incluso unos pocos caballos que habían traído al final del invierno, aún novedad por entonces en el valle y objeto de mimo especial por parte de todos —Arcadio, principal responsable de la pequeña yeguada, refinado jinete, enseñaba a saltar y a “bailar”, como él decía, a una hermosísima potrilla árabe blanca que le traía, como a Simón la novilla Neyma o Estrella, pudiéramos decir que a mal traer— incluso los caballos estaban inquietos con la llegada de aquellos nuevos habitantes —aunque provisionales, pero no tenía la animalada por qué saberlo—, numerosos, alborotadores, omnipresentes, como invasores de un espacio que hasta entonces había sido amplio y exclusivo.

Muy temprano en ese día habían llegado en un camioncito Simón, Imanol, Catalina y Arcadio; se habían pasado las jornadas anteriores de reuniones de explicación con todos los responsables de los rebaños y estaban agotados y faltos de sueño; nada más llegar despertaron a Don Fion —Olga Marruz siguió durmiendo—, a Estambuli —Leila hija quiso levantarse con él, a pesar de la hora temprana— y a Ali —Flora y Claudia ni se habían enterado y también siguieron dormidas un par de horas más— para que tuvieran